

Jue
23
Jul
2009

Evangelio del día

Decimosexta Semana del Tiempo Ordinario
Hoy celebramos: Santa Brígida (23 de Julio)

“No tengáis miedo a quienes pueden matar el cuerpo, pero no pueden matar el alma”

Primera lectura

Primera lectura: Eclesiástico 51, 1-8

Quiero darte gracias y alabarte, oh Dios mi salvador, pues protector y auxilio has sido para mí... Por todas partes me asediaban y no había quien me auxiliara, volví los ojos a un apoyo humano y no había ninguno. Entonces me acordé de tu misericordia, Señor, y de tu actuación desde la eternidad, que tú levantas a los que en ti esperan y los salvas de la mano de los enemigos.

Salmo de hoy

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 10, 28-33

Jesús dijo: “No tengáis miedo a quienes pueden matar el cuerpo, pero no pueden matar el alma... ¿No se venden dos pajarillos por una pequeña moneda? Sin embargo, ni uno de ellos cae a tierra sin que vuestro padre lo permita... No tengáis miedo. Vosotros valéis más que muchos pajarillos. Si alguien se declara a favor mío delante de los hombres, también yo me declararé a favor suyo delante de mi Padre que está en el cielo.”

Reflexión del Evangelio de hoy

Me acordé de tu misericordia

El autor de este texto ha vivido momentos de angustia y dificultad, pero ha experimentado la ayuda y la misericordia de Dios y se muestra agradecido a Él.

Cuenta con mucho realismo su situación. Necesita ayuda y la busca, pero, ¿dónde?: “ Volví los ojos a un apoyo humano y no había ninguno”. Es entonces cuando se acuerda de Dios.

¡Cuántas veces agotamos todo antes de ir al verdadero manantial! Ese tocar fondo en su dificultad le lleva a encontrar el verdadero consuelo.

Los apoyos humanos no son consistentes. Sólo Dios es la auténtica Roca en la que debemos apoyar nuestras vidas.

La situación que nos presenta la lectura de hoy no es desconocida al ser humano que en determinados momentos de su vida pasa por situaciones difíciles.

Que sepamos llamar a la puerta donde se encuentra Aquel que un día dijo: “Venid a Mí los cansados y agobiados y Yo os aliviaré”.

Dios conduce la historia

La imagen de la muerte de Jesús no se había borrado en sus discípulos. Ellos saben bien que seguirle con todas las consecuencias puede llevarles a compartir también su misma suerte. Jesús no quiere ocultarles que en la vida encontrarán dificultades, pero, sí quiere aconsejarles bien sobre cómo situarse ante ellas: sin miedo y confiando en la bondad de Dios que se preocupa y cuida hasta de lo más frágil y pequeño. “No tengáis miedo... Yo me declararé a favor vuestro favor”...

El miedo paraliza y es malo. Vivimos en la cultura del miedo. Tenemos miedo a todo, incluso se le tiene miedo a Dios, a los otros, a la misma libertad.

La fe nos libera del miedo, liberación que nos es necesario escuchar y sentir para que las crisis no nos paralicen, para que las tensiones no nos hagan perder el equilibrio, para que veamos las cosas con objetividad y podamos afrontar los fallos con esperanza de conversión.

La fe nos libera del miedo a Dios, pues le llamamos Padre; del miedo a los otros, pues nos hace ser hermanos, y del miedo a las dificultades y obstáculos, pues Él está con nosotros.

En nuestra Iglesia también tenemos miedo. Muchas veces estamos paralizados y, en el fondo, la verdadera causa está en que nuestra fe en Jesús es pequeña y pobre.

Jesús quiere fortalecer nuestra confianza en el momento de las pruebas. Dios conduce nuestra historia y apoyados en Él no debemos temer. Él quiere transmitirnos su fuerza, su seguridad y su confianza absoluta en el Padre. Quien se apoya y confía en Él, resistirá la prueba.



Hna. Belén Eslava Vizcay
Dominica de la Enseñanza. Diplomada en Teología

Santa Brígida

Brígida de Suecia había nacido en Finstad, cerca de Upsala, en el seno de una familia aristocrática y tuvo que casarse a los 14 años, por imposición de su padre con un militar fuerte y elegante, Ulf Gudmarsson, con quien vivió feliz y tuvo ocho hijos, a los que dio una esmerada educación, y entre ellos esta Santa Catalina de Suecia. Además de cuidar de todos ellos, todavía le quedaba tiempo para dedicarse a las obras de caridad con los necesitados en un hospital que había erigido con su marido cerca de su casa, fiel a su espíritu de terciaria franciscana.

En peregrinación a Compostela

Con motivo de sus bodas de plata matrimoniales (1341), Brígida y su esposo Ulf decidieron celebrar esta fecha con toda solemnidad y para ello nada mejor que hacer una peregrinación a Santiago de Compostela (España), peregrinación, por otra parte, no era nada novedosa, pues en la familia constituía una tradición ya adquirida. La iniciaron a principios de junio de 1341, y caminaron de santuario en santuario, visitando cuantos pudieron encontrar en el camino, especialmente los de Renania, los de Provenza y los de España hasta llegar finalmente a Galicia, al sepulcro del apóstol Santiago. [...] Esta peregrinación a Compostela para Santa Brígida tuvo una importancia excepcional, pues marcó un hito en su vida. Ya que, después de esta peregrinación al sepulcro del apóstol Santiago, Brígida decidió dar una respuesta incondicional a la llamada de Dios a la santidad, haciendo voto de castidad junto con su marido con la intención de fundar un convento donde pudieran retirarse y vivir entregados a la oración y a la contemplación. Pero su marido murió en 1344, y entonces, Brígida abandonó su casa, entregó a los pobres todos sus bienes y se fue a vivir cerca del monasterio cisterciense de Alvastra, donde ya se había retirado poco antes su marido y donde había muerto. Allí comenzó a tener revelaciones de Cristo y de la Virgen María, que ella iba escribiendo en sueco y que, luego, sus confesores y consejeros, traducían al latín, cuyo texto ella misma revisaba.

Fundación del Convento de Vadstena

En 1346, comenzó a ocuparse del más íntimo anhelo de sus aspiraciones espirituales: la construcción del convento de Vadstena (Suecia) para 25 hombres y 60 mujeres, un total de 85 personas, que representaban a los 12 apóstoles, a los 72 discípulos y al apóstol San Pablo. Vivirían en edificios separados, por supuesto, pero con una única iglesia para orar juntos, regidos por una misma abadesa, que reflejara la maternidad de la Virgen María y orientados por la regla de San Agustín.

Así y allí nacía la orden del Salvador, cuya espiritualidad mariana, que Brígida inculcó a sus hijas, componiendo ella misma himnos y lecturas para recitar en el oficio mariano cada día, tuvo una gran difusión en los siglos siguientes, sobre todo, en el Norte de Europa. Pero como no acababa de recibir el reconocimiento papal para su fundación, la Orden del Salvador, Brígida decidió ir a Roma (1349), aprovechando la convocatoria del jubileo de 1350, hecha por el papa Clemente VI desde Aviñón mediante la bula Unigenitus Dei Filius que se publicó en agosto de 1349. Sólo en 1370, después de muchas correcciones sobre la pobreza común en el monasterio, el papa Urbano V aprobó la Regula Salvatoris, que ella decía que había recibido por revelación, mientras que la aprobación del monasterio mixto sólo llegó, cinco años después de su muerte, en 1378, cuando su hija Catalina era la abadesa del monasterio. Pero estos contratiempos no mermaron en ningún momento su convicción de que estaba realizando la voluntad de Dios ni la esperanza de que su obra saldría adelante, a pesar de los fracasos y de los obstáculos encontrados en el camino.

Las revelaciones de Santa Brígida

Santa Brígida de Suecia se sintió inspirada por Cristo y por la Virgen, que le hablaban y ella, por escrito o de palabra, expresaba lo que le iban diciendo. Después, los confesores y secretarios recogían sus escritos y sus palabras y las traducían del sueco antiguo al latín. De ahí que no sea posible precisar, en este trasiego, hasta qué punto las Revelaciones reproducen con exactitud las palabras inspiradas a la vidente. Es más, dada la índole polémica de muchas de ellas y el contenido puramente teológico de otras, se puede suponer que sus confesores modificaron el texto para limar expresiones demasiado fuertes o para corregir imprecisiones teológicas.

De todas formas, las Revelaciones fueron recogidas en ocho libros (más un noveno en el que se recogen otras revelaciones que no habían sido incorporadas a los primeros) y están divididas en cuatro ciclos: el sueco entre 1344-13/119; el romano entre 1350-1363; el de las peregrinaciones a diversos santuarios de Italia entre 1364-1370, y el de Tierra Santa entre 1372-1373. Entre otras cosas, Brígida, a través de sus Revelaciones, transmite las órdenes recibidas de Dios para remediar las diversas miserias de la vida cortesana y para reformar el estado religioso y el desorden de la Iglesia y deja en ellas una espiritualidad marcada por los acontecimientos políticos y religiosos de su época, que refleja el ardor de un alma que se sabe instrumento en la mano de Dios para realizar una renovación espiritual en la Iglesia de su tiempo.

Además, las Revelaciones reflejan la fuerte personalidad de una santa que, por su carácter dinámico y práctico, supo conjugar perfectamente contemplación y acción, ser Marta y María al mismo tiempo. Y de esta unión le nació la perseverancia y la severidad de su mensaje, que, como trompeta sonora, clamaba pidiendo la «reforma de la cabeza y de los miembros de la Iglesia». que, por otra parte, era el clamor que se había levantado por doquier. Su mística, tan mariana como cristocéntrica, le llevó a la profunda convicción de que sólo los sufrimientos, que Dios le había reservado o significado a través de las vicisitudes exteriores, eran el medio para llevarla a la unión con Dios. Esta comprensión del sufrimiento la presentó de todo sentimentalismo y le ayudó a adquirir un fuerte sentido realista, que determinó todo su dinamismo interior. Las visiones que recibió en éxtasis reflejan también la misma nota personal y realista que se traduce en imágenes naturalistas, a menudo drásticas y altamente dramáticas, En especial sus visiones de Cristo en la Cruz y de la Dolorosa se consideran como obras maestras de la literatura sueca antigua.